

ARTAUD EN LA HABANA
Textos inéditos y olvidados

PEDRO MARQUÉS DE ARMAS



Edición: Duanel Díaz Infante

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Imagen de cubierta: *Autoportrait* (1946),
de Antonin Artaud

De los artículos de Alejo Carpentier: © Herederos de
Alejo Carpentier, 2019

© Pedro Marqués de Armas, 2019

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2019

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Agradecimientos

Especialmente a Ricardo Hernández Otero, que encontró la mayor parte de los textos y tuvo la bondad de transcribirlos haciendo posible este trabajo. A Carlos Espinosa, que trajo en su pendrive las imágenes. Y claro que a Dolores Labarcena, quien identificó a Artaud en la fotografía de grupo, y elucidó incluso el tipo de ceremonia litúrgica hasta dar con la letra que pudo salirle.

Han pasado 82 años del viaje de Antonin Artaud a México y de su escala de cinco días en La Habana. Mucho se ha investigado sobre su estancia en el país azteca, pero apenas se sabe algo de sus días habaneros, más allá de la reiterada mención al encuentro con el “sorcier nègre” que le señala el camino y obsequia una pequeña espada de Toledo. Fuera de aquel episodio, del que él mismo da cuenta de un modo enigmático, y por lo mismo, velado, como de la no menos recurrente alusión a ciertos textos que publicara en revistas habaneras, su paso por la isla ha estado signado por la más colosal invisibilidad. Por similares, esas páginas cubanas de Artaud conforman una sola, al punto que el ensayista Duanel Díaz Infante ha escrito recientemente: “La estancia de Artaud en Cuba ocupa apenas un párrafo en las biografías; para narrarla habría que recurrir a la ficción”.¹

Fue justo esta sentencia de Díaz Infante lo que me llevó desde comienzos de año a internarme de nuevo en su obra, a la vez que a rastrear con paciencia su paso por La Habana en el invierno de 1936, sin saber en principio a qué me atenía. Aunque escaso, el material inicialmente encontrado, se reveló pronto lo bastante atractivo como para aproximar una crónica, pero aún más tentador –por sus alentadores vacíos– para escribir una ficción, o al menos, una crónica/ficción. Y eso hice. O mejor, eso hacía cuando descubrí que los textos publicados en La Habana, aquellos sigilosos escritos jamás aparecidos y que junto a la falta

¹ Duanel Díaz Infante: “Espejismos de lo real”, 2017; disponible on-line: <https://www.hypermediamagazine.com/tag/antonin-artaud/>

de testimonios volvían más fantasmal a Artaud, estaban –debían estar, finalmente– a la vista.

La tenaz búsqueda de ese soñado tesoro durante casi una década, por Paule Thévenin, la ferviente editora de sus *Obras Completas*, es toda una apasionante historia y a ella me referiré en detalle más adelante. Toca ahora adelantar, sin embargo, que si aquella indagación se tornó a la larga infructuosa –tuvo que conformarse con uno solo de los artículos, el publicado en la revista *Carteles*–, se debió, más que nada, a una fatídica errata en el nombre de la publicación: *Gropos* en lugar en *Grafos*. Error de transcripción, todo indica que no volvió la acuciosa Thévenin, en tantos años de empeño, a la carta en español que le hiciera llegar hacia 1970 su entonces misterioso informante. De haberlo hecho, quizá, otro habría sido el resultado. Ella misma desistía de las búsquedas en 1979 en estos términos: “Las gestiones que hemos realizado para encontrar estos textos han topado con dificultades demasiado grandes”.²

Ironías de la tecnología: un error cometido por mí al escribir el nombre del poeta en un buscador de Internet –Artud por Artaud–, me proporcionó la pista apropiada. Involuntaria, por no decir gratuita, la errata condujo en esta ocasión, gratamente, a otro error de grafía de esos tan frecuentes cuando se trata de nombres en otro idioma. Y fue así que saltó, en una página del *Diario de la Marina*, la referencia a un texto publicado por *Antonin Artud* en el número de junio de la revista *Grafos*.³ De ahí a la certeza

² Œuvres complètes, T-VIII, Paris, Gallimard, reed. 1980, p 365. “Les démarches que nous avons faites pour retrouver ces textes ont rencontré d’assez grandes difficultés”.

³ *Diario de la Marina*, 28 de junio 1936, p. 9. “GRAFOS.- De gran interés, selecto, magnífico, el número de “Grafos” que acaba de ver la luz. Número correspondiente al mes de junio, con el que sus directoras, las conocidas damas María Dolores

de que *Gropos* fue siempre *Grafos*, y a la sospecha de que debía de haber no uno sino más textos de Artaud en aquella escurridiza revista, no iba más que un paso. En eso estaba, en la sospecha, cada vez más enconada, cuando otra casualidad vino a premiarme. Por esos días tenía que verme en Barcelona con uno de los mejores investigadores cubanos, no para otra cosa que para entregarnos unos libros a favor de terceros. Hacía diecisiete años que no veía a Ricardo Hernández Otero y no tenía con él, por otra parte, mayor intimidad; pero recordada un rumor que siempre corrió en La Habana: el de que era el hombre que mejor conocía ciertas bibliotecas del país, con especiales conocimientos sobre las vanguardias.⁴ No tuve que oírlo más que un rato, y entonces le hablé de Artaud. Se comprometió a ayudarme, una vez de vuelta, con los únicos dos textos que, a esa altura, tenía localizados, y no solo cumplió su palabra sino que encontró en las páginas de *Grafos* el resto de los artículos publicados por Artaud.

Machín viuda de Upmann y María de Radelat de Fontanills, se anotan un nuevo éxito. “Grafos” de junio trae interesantes colaboraciones de Antonin Artud (sic), Gastón Mora, Maruja Mallo, Ofelia Rodríguez Acosta, Ramón Loy, Ramón Guirao, Berta A. de Martínez Márquez, Eduardo Avilés Ramírez, Miguel de Marcos, Félix Pita Rodríguez, Héctor de Miranda, Francois G. de Cisneros, Leonor Barraqué, Dulce María Borrero, doctora Guillermina Portela... Como siempre trae su plana de modas masculinas a cargo del exquisito Henry Wotton, la sección de moda femenina por Eva y Bernabeu, páginas de cine, clubs, etc. Triunfa “Grafos””.

⁴ Ricardo Luis Hernández Otero (La Habana, 1946). Investigador y profesor universitario. Por cuatro décadas laboró en el Departamento de Literatura del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba. Sus campos de especialización comprenden la prensa cubana, el vanguardismo y la obra de José Martí. Es autor, entre otras, de las siguientes compilaciones: *Escritos de José Antonio Foncueva*, *Revista Nuestro Tiempo*, *Crónicas de Alejo Carpentier*, *Mirta Aguirre: España en la sangre; España en el corazón*.

En total, son seis los “textos cubanos” con que contamos, si bien la mayoría de ellos ejemplarmente mexicanos y, por encima de todo, artaudianos. Al ya conocido “La eterna traición de los blancos”, aparecido en noviembre de 1936 en *Carteles*, retranscrito al francés para el tomo VIII de las *Obras Completas* y hasta donde sabemos nunca más editado en español, se suman otros cinco publicados a lo largo de ese año en *Grafos*: “Manifiesto del teatro de la crueldad” (mayo, 36)—escrito en 1933 e incluido más tarde en *El teatro y su doble*—, con toda seguridad en su primera traducción al español; “El teatro en México” (junio, 36), completamente desconocido; “La corrida de toros y los sacrificios humanos”, también desconocido (julio, 36); “Pintura roja” (septiembre, 36), descubierto en el apogeo de las indagaciones de Thévenin, pero del que nunca se pudo identificar la revista donde apareció; y “Los indios y la metafísica” (diciembre, 36), igualmente inédito y que nos lleva una vez más hasta los tarahumaras.

Durante ochenta y dos años, estos escritos de *Grafos* soportaron el más intrincado olvido. Se trata, pues, de los sobrevivientes de un archivo que tal vez se consideró cerrado para siempre, como si la fatigada conclusión de la editora de Gallimard sobre las “grandes dificultades” para hallarlos, se hubiera vuelto, en última instancia, una lápida. Sorprende que ninguno de los investigadores especializados en Artaud, que serían legiones a partir de los años ochenta, se haya planteado viajar a Cuba a la procura de tales textos. Ocasión oportuna para una buena beca de estudios, con todo el tiempo y recursos con que no contó la editora francesa—quien ni siquiera pudo cumplir su sueño de visitar México—, y en época más propicia, en Cuba, para revolver colecciones, es muy probable que hubiera dado con la presa. Pero lo que más sorprende, sin dudas, es el desinterés

de los estudiosos cubanos, quienes, no menos legionarios desde la resurrección de Lezama a finales de los ochenta, han vuelto una y otra vez a esa fuente, hojeando una y otra vez las páginas de *Grafos*.⁵ En cualquier caso, supongo, Artaud –siempre inaprensible– no fue nunca *asunto cubano*, tolerando invisibilidad aún más sintomática: glacial, a ojos vista, la de la prolongada indiferencia.

En contraste, lo cierto es que entretanto, en México, proliferaron todavía durante años los buscadores confesos de nuevos inéditos de Artaud. En *Artaud, todavía*, Fabienne Bradu daba cuenta de ello: “Cada tanto, en jóvenes admirados por la estela eléctrica del personaje, revive la esperanza de desenterrar documentos inéditos y dar con testimonios desconocidos como si la estancia de Artaud en México fuese un tesoro codiciado y, sobre todo, susceptible de dar fama y fortuna a quien diera con su escondite”.⁶ Curiosamente, ella misma desenterraba un tesoro, sin eludir por eso la confesión de que había tenido que renunciar a la “insensata ilusión de aportar algo inédito a la reconstrucción de la estancia de Antonin Artaud dentro del espíritu documental” que animaba sus libros anteriores sobre Breton y Péret en México. Su tesoro, de tanto o más valor que un nuevo artículo aislado, e imprescindible para conocer la vida y la proeza editorial de la obra de Artaud, es la entrañable

⁵ En el prólogo que escribió para *José Lezama Lima: Imagen y posibilidad* (La Habana, 1981), libro que rescata artículos publicados originalmente en la revista *Grafos*, Ciro Bianchi comentaba que en sus páginas habían aparecido textos de Artaud. Semejante alusión no parece haber levantado sospechas ni motivaciones, a pesar de las numerosas consultas realizadas en dicha publicación, desde finales de los ochenta, en búsqueda de textos de Guy Pérez Cisneros, Gastón Baquero, Lydia Cabrera y Cintio Vitier, entre otros.

⁶ Fabienne Bradu: *Artaud, todavía*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2008, p. 9.

correspondencia que sostuvieran, casi durante cuarenta años, esos devotos exhumadores que fueron, a uno y otro lado del Atlántico, Thévenin y Luis Cardoza y Aragón. Pues bien, Bradu, quien tituló su prólogo “Para acabar con la edición de Artaud”, señalaba a su vez otra confesión, quizá terrible, cuando después de largos años de búsquedas e intercambios, en medio del devastador terremoto que en 1985 asoló la ciudad de México y, como quien da ya por concluido el asunto, Cardoza y Aragón le escribe a su insistente, pero siempre comedida, interlocutora: “Sobre “Pintura roja” no se ha podido esclarecer nada. Saqué fotocopias para investigadores de hemerotecas y nadie pudo darme un dato. Imagino que los innumerables viajeros en México en busca de los pasos de Artaud, ya agotaron la posibilidad de encontrar nuevas cosas”. Bradu cita el párrafo, y añade: “como si las ruinas de la ciudad de México asimismo hubiesen sepultado la esperanza”.

Y esta idea que justifica tanto el título como el sentido de su introducción, al invocar la imagen de la sepultura, del cierre y el necesario reposo que merece la memoria del poeta, agotadas ya –como dice Cardoza– todas las posibilidades, acontece significativamente alrededor de “Pintura roja”: el último de los textos de Artaud rescatados entre París y México, pero publicado en La Habana en 1936. Texto bisagra entre aquellos y éstos, entre partes que permanecieron separadas, se le reeditó cincuenta años más tarde en la revista *Sábado* con una nota que rogaba (siempre orientada a México) identificar la publicación donde originalmente había aparecido. Síntoma de que nunca se renuncia del todo, así sean los vestigios cada vez más exiguos, a la esperanza. El tesoro es Artaud, Artaud es la leyenda. Y los llamados, como el de Mèredieu, que escribe *Para terminar con toda*

biografía,⁷ o este de Bradu, para tapiar puertas pesadas, son también, a menudo, secretas invocaciones para abrirlas. Sin el epistolario que Bradu rescata apenas habría avanzado en estas páginas.

⁷ Florence de Mèredieu: *C'était Antonin Artaud*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 2006.

ÍNDICE

I. 120 HORAS DE ARTAUD EN LA HABANA

- El carguero / 17
- La velada del Bacardí / 21
- Una misma carta / 27
- Restos diurnos / 31
- Viaje al fondo de la noche / 40
- Avatares de una espada / 47
- Contra-hipótesis / 49
- Final / 52

II. TESORO CASI ONÍRICO: INÉDITOS Y OLVIDADOS

- Una búsqueda inconclusa / 57
- Por fin recobrados / 68

III. TEXTOS DE ARTAUD

- Manifiesto del teatro de la crueldad / 83
- El teatro en México / 88
- I. La corrida de toros y los sacrificios humanos / 91
- II. Pintura roja / 96
- III. Los indios y la metafísica / 98
- La eterna traición de los blancos / 101

ADENDA CARPENTERIANA

El Artaud de Carpentier / 107

Antonin Artaud / 127

Voces de tinieblas / 130

El Artaud que yo conocí / 132

APÉNDICE / 139